

DEL EROTISMO Y OTRAS BREVEDADES

NADA, a mí no me extraña nada que vaya a exportarse a Suecia, debidamente traducida, una enciclopedia sexual celtíbera. No la conozco; pero creo que cuanto más celtíbera, mejor. Demasiadas veces hemos pensado, y aún publicado, que el tema en cuestión es una pescadilla (escuálida) que se muerde la cola. Como en música se acaba volviendo a Beethoven y en el drama a Shakespeare, la aparente profusión de posibilidades amorosas conduce sin remedio a la del principio. Y España, además, es tradicional.

Basta ver, sobre todo en ciertas ciudades europeas, la impotencia a que han llegado con su libertad. Que, por supuesto, me abstengo de llamar libertinaje, porque uno no tiene vocación de moralista, todo lo más de observador. Como ya no caben otros excesos, está aproximándose la hora del retorno a las maniobras más platónicas en el eterno juego de un hombre y una mujer. Volverá el demorado encanto de que sea él quien le aceche a ella; y le tome una mano; y que la mano atenúe todavía su entrega dentro del guante... Hasta en Hamburgo lo vamos a ver.

Entonces será el momento de exportar, además de la enciclopedia, los tesoros de una narrativa olvidada. Los kioscos de Copenhague, de Múnich, de Ámsterdam, ya lo han enseñado todo. En el regreso inexorable del péndulo, cuando alguien quiera llegar muy lejos con su imaginación, lo que se dice arrimarse al fuego, vendrá a la lectura de nuestros Felipe Trigo, y López de Haro, y El Caballero Audaz. Son los perversos de nuestra adolescencia -a don Felipe le llamaban «el cinturón eléctrico»-, que luego, superados y arrollados por la escalada del erotismo, se quedaron en inocentes corderos aptos para colegialas.

Yo profetizo con humildad, pero con firmeza, que cuando los amantes vuelvan a tratarse de usted y a escribirse misivas, nuestros eróticos de hace medio siglo recobrarán un lugar estimable y en inglés, que es el latín universal del sexo: con aquel inefable repertorio de brazos mórbidos, senos turgentes y esas delicadezas así.

En lucus augusti

La crónica de sucesos periodística puede aportar, en lo que afecta a la moral y buenas costumbres, sugerencias turbadoras para el lector. Dice un despacho que la policía ha descubierto un alijo de fotografías procaces, o la requisita de 250 películas pornográficas, y algo del verdor de lo aprehendido parece teñir las columnas inocentes, aunque sólo sea un segundo, una milésima de segundo. Ayer mismo estas páginas informaban de un drama pasional, consumado en «el hotel galante más famoso de todo el país». Se afirma que cuenta con singular ornamentación erótica, y el despacho de la agencia Efe menciona incluso sus departamentos persa, árabe, «la jaula», «el sevillano» y «el pompadour». No es descabellado suponer que algunos lectores se habrán estrujado la imaginación.

A propósito de la imaginación, importa mucho el lugar de los hechos, el nombre de los lugares. Un gran narrador hispanoamericano cuenta su emoción infantil al contemplar la inmensa llanura redonda y aquella cocina animada de la casa en que mateaban los hombres. Pero lo grande, verdaderamente, fue cuando le dijeron que aquello era la Pampa. Navegar por el Bósforo es un aburrimiento, hasta que alguien nos dice que vamos por el Bósforo.

El Hotel Valdivia con sus insospechables habitaciones y suites está erigido en la ciudad de Santiago de Chile, lo que anima mucho a nuestra fantasía. Recuerdo, en cambio, que semanas antes trajeron los periódicos la aventura de una joven secuestrada a media mañana en plena calle, todo un episodio novelesco con su contexto de trata de blancas, red de chicas de alterne y cuento hace falta para interesar. Pues nada. Nada -estoy seguro-, porque el rapto ocurrió en Lugo, y los vehículos de la banda salieron huyendo... hacia Santiago de Compostela. Así no puede ser.

De la propia brevedad

Hay colaboradores de periódicos que siempre están recibiendo cartas de sus lectores. Yo creo que algunos se lo inventan. Un poco más frecuente es que al escritor lo pare un convecino en la escalera, a veces para reprocharle -con gozo malévolo- un desliz de tipo formal. Por ejemplo, que hablando de los mercados de Cassá de la Selva los sitúa en martes, cuando «como todo el mundo sabe», son los viernes.

Ayer me encontré a una señora para quien lo mejor de mis fragmentos habituales es que son breves. ¿Era un elogio? ¿O una sutil reticencia de aviesa

intención? Decidí tomarlo por el lado más favorable. El filósofo Alain, que escribió miles de artículos magistrales -por cierto, casi siempre idénticos en extensión, la brevedad de un folio-, recuerda en uno de ellos que todo acontecimiento tiene dos asas, y que es necio escoger para llevarlo el asa que nos lastima la mano.

Las citas son peligrosas, porque llaman a las citas. Rainero (ejemplo de opinión aristócrata) le confía a Vilallonga en ese libro de entrevistas excelente, pero medianamente traducido, que se llama «Gold Gotha», su secreta ambición de ser escritor: «Pero encuentro que todo lo que se escribe es demasiado largo». Y Borges (ejemplo de opinión literaria) califica de desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros: el de explayar en quinientas páginas -recojo textualmente- una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Y va y lo demuestra. Coge a «Emme Zun», un argumento que a cualquier novelista le pondría los dientes largos para los 200 folios del concurso de turno... y él, Borges, lo «derrocha» en ocho o diez páginas.

Escribir, decía Goethe, es un abuso de la palabra. -Aquí llega, ¡por fin!, el momento de opinar el propio firmante. Opino-: Pues qué pensar de tantos escritores como abusan de ese abuso.

Antonio PEREIRA